

Malatiré como á un amigo verdadero y á concederle amplia autoridad crítica sobre sus producciones.

Con gran sorpresa, el secretario se resignó y, cuando conoció y trató á papá Babín, cuyos méritos apreció en lo mucho que valían, los dos nuevos amigos formaron una alianza intelectual, cuyo programa y cuyo objeto fueron la gloria de Florisa. De esta primera etapa de la vida literaria de la señorita Barel, data la estruendosa fama de la joven. *La condición de la mujer*, laureada por la Academia, se convirtió rápidamente en obra de texto para liceos y colegios. La publicación de dos novelas, *Claudia Rambert y Virtud invencible* confirmaron las esperanzas que desde un principio hizo concebir Florisa.

Bruscamente, surgió y, destellando cual astro de primera magnitud, atrajo la atención del público. Malatiré, en un artículo resonante, puso á los pies de la joven á todos los escritores contemporáneos, sin la menor excepción. A impulsos de la apasionada admiración que sentía por Florisa, sacrificó incluso á los colaboradores de la *Revue*. El elogio estimadísimo por lo raro, del feroz crítico, proporcionó á la señorita Barel los aplausos de toda la prensa. No hacer causa común con un juez tan temible, hubiera sido adquirir patente de ignorancia. Además, los libros de la celebrada escritora eran hermosos. Pero, sobre todo, la autora era muy linda. La primer vez que presidió, como invitada, el banquete de la Asociación de Escritores, mostróse tan encantadora como modesta, y obtuvo éxito triunfal. Habló á los

postres, sin preparación, con voz dulce y clara, con tal abundancia de ideas y tan feliz acierto de expresión, que maravilló al auditorio. Fué realmente una conquista de todos los hombres allí presentes, que salieron del banquete entusiasmadísimos con su joven compañera.

Florisa, en vez de darse tono de emperatriz de las letras, de abrir un salón y de ejercer la autoridad á que le daba derecho su situación excepcional, permaneció modestamente en su cuartito de la calle de Jouffroy, y continuó trabajando sin ruido. Sin embargo, contrajo algunas amistades nuevas, siendo la más importante la que dió entrada, en su vida íntima, á Andrés Treillard. La presencia del joven en casa de Florisa, preciso es declararlo, fué la señal de una protesta acentuadísima por parte de Malatiré y de papá Babín. El secretario de la *Revue Française* y el profesor, que, habitualmente, no estaban conformes en cuestiones de sentimiento, y que sólo se hallaban de acuerdo en el terreno literario, hicieron causa común, desde el principio, contra el escritor, Malatiré, especialísimamente se mostró muy acre:

— ¿Qué falta le hace encumbrar á ese colegial, sin fundamento y vacío? — le dijo á Florisa — ¿Qué va usted á ganar con ello?... Ese mozo necesita de usted; usted no necesita de él. Cierto que, como periodista, es bastante bueno; pero como novelista y como poeta, es de un mérito muy discutible. Resulta un sucedáneo de Balzac en centésima dilución. Y ¿qué es Balzac, pregunto yo? Un soñador sin

estilo, un folletinista sin ideal, que narra historias de bandidos, sin tener siquiera el mérito de inventarlas, y que, so pretexto de estudios de mujeres, lleva todas las crudezas de la vida íntima de sus confiadas amigas, á las páginas de novelas soporíferas. ¡ Cuán efímera ha sido la reputación de ese hombre ventruado, jadeante y sudoroso, que sólo tuvo la preocupación de ganar dinero, y para quien las ideas artísticas quedábanse muy atrás ante la preocupación de cosechar melones tempraneros! La juventud ya no le lee, y el gran público lo ha abandonado. Resulta una especie de Eugenio Sué presuntuoso y muy inferior al cándido Alejandro Dumas.

— ¡ Perdón! — exclamó Florisa, sonriendo. — Principió usted criticando á Andrés Treillard; en seguida arremetió contra Balzac y no le ha dejado hueso sano... Si continúa por ese camino, nos vamos á encontrar con que la honda y admirable « Comedia humana » va á trocarse, ahora mismo, en un inocente títere...

— ¡ Oh! — contestó Malatiré. — ¡ No sabe usted con cuánto acierto está hablando! Pero, volvamos á Treillard...

— ¡ No! Se lo suplico. Con lo que ya hemos oído del maestro, queda usted dispensado de hablar del discípulo. Si Balzac vale tan poco, Andrés Treillard no vale nada. Pero, tal cual es, me resulta muy simpático, y deseo que mis amigos lo reciban bien.

Era raro que Florisa se manifestase autoritaria para con los dos fieles consejeros. La franca decla-

ración de su voluntad, contuvo todo conato de rebeldía. Pero, Babín y Malatiré siguieron protestando interiormente y se lamentaron entre sí del silencio que Florisa les imponía. Se apretaron más, para dejar sitio al nuevo visitante, cuyas relaciones con la joven tomaron prontamente caracter muy distinto de las mantenidas entre la escritora y sus asesores literarios.

Andrés Treillard, buen mozo, de treinta y dos años, muy moderno en sus gustos y en sus tendencias, era poco á propósito para agrandar á los señores Babín y Malatiré, como las ideas clásicas de estos ancianos eran poco á propósito para interesar al joven. Ellos lo motejaban de *arrivista*. Él, los tachaba de retrógrados. Entre la manera de pensar del uno y de los otros, existía ese espantoso abismo abierto por tres revoluciones literarias. Era imposible que se entendieran. Cualquier conversación de quince minutos, en cuanto se salía de lo vulgar, daba ocasión inmediata á que se desencadenassen tempestades. Malatiré, sobre todo, que, á contar desde fines del siglo xviii, no encontraba figura gloriosa indiscutible en la literatura francesa, y que conocía á fondo, hasta el punto de poderlos citar textualmente, á todos los autores contemporáneos, incluso á los más recientes, Malatiré era intratable. Todavía con papá Babín había forma de llegar á un acuerdo. Pero el secretario de la *Revue française* incurría inmediatamente en personalismos mortificantes.

Florisa había resuelto evitar, en lo posible, que se

vieran, y se hablaran personas tan antagónicas. Recibía á Treillard aparte. Sin embargo, los jueves por la noche, se reunían todos en casa de la escritora y ésta tenía que hacer milagros de autoridad afectuosa para que la conversación no degenerase en polémica. Treillard le ayudaba concienzudamente. Escuchaba las acres salidas de tono de Malatiré, con una cachaza que exasperaba profundamente al crítico. Mostrábase amable con papá Babín, del cual le agradaban la erudición y la humildad. Entre estos tres hombres distribuía Florisa los tesoros de su gracia, efectuando el reparto con la mayor equidad, y no logrando evitar, con todo, celos y envidias.

Treillard principió sintiendo capricho hacia la escritora, capricho que, prontamente, se trocó en amor, al verse acogido con encantadora severidad. Faltando á las reglas más elementales de delicadeza, intentó comprometer á Florisa, para separarla de sus dos guardianes. Sólo consiguió que aumentase la hostilidad que le demostraba Malatiré, y que papá Babín pusiese á la joven en guardia contra cualquier tentativa de seducción. Blandamente rechazado como amante, Andrés dió un cambiazó y se ofreció como marido; pero tampoco obtuvo buen éxito. Quejóse amargamente acusando á Florisa de falta de corazón, y, entonces, ésta se explicó con absoluta claridad.

— No crea, mi querido Andrés, — le dijo — que no siento por usted afecto muy vivo. Si yo fuese una burguesita cualquiera y me dispensase la honra

de solicitarme por esposa, aceptaría con júbilo, porque no conozco hombre más agradable ni más interesante que usted. Le entregaría completamente la dirección de mi vida, y sólo me ocuparía en hacerle muy feliz, amándole con todas las fuerzas de mi corazón. Me afanaría por procurarle la tranquilidad que es indispensable para la regularidad del trabajo, y por allanarle esos pequeños obstáculos que dan al traste con los sueños de un poeta. Todo para mí estaría subordinado á la satisfacción y á los triunfos de usted. Borraría mi personalidad, hasta fundiría completamente en la de usted, y me aniquilaría para aumentar el prestigio intelectual de mi esposo. Pero no soy la burguesita de que acabo de hablar. Soy todo lo contrario, es decir, una artista con personalidad que debo cultivar y desenvolver, en vez de restringirla y de anularla. El primer deber que tengo, para conmigo misma, es el conservar la libertad de pensar y de juzgar. Para que una mujer disfrute de esa libertad, ha de aceptar la condición única de vivir sola. La mujer, mi querido amigo, ya lo sabe tan bien como yo, no ha nacido para la emancipación. Ha sido creada para recibir la huella del hombre.

Florisa se detuvo, hizo un mohín de desagrado y sonrió:

— ¡Vamos! Por poco más doy una conferencia acerca de la *Condición de la mujer*. Perdóneme, amigo mío, ya ve hasta qué extremo me llevan mi profesión y mis aficiones filosóficas, cuando con usted, por quien siento muy viva predilección, empleo argu-

mentos literarios, para responder á ternezas. Una escritora, hablando con franqueza, es una especie de monstruo, que debe vivir apartado de la Humanidad, porque si se deja llevar al cumplimiento de su función natural, pierde todo su valor... He aquí, mi querido Andrés, porque tengo mudo el sentimiento.

El literato movió la cabeza con aire preocupado:

— ¿Se resignará usted, siempre á no ser más que un cerebro? Dígame sencillamente que no le agrado. ¿Puede afirmar que nunca, en beneficio de otro, prescindirá del riguroso criterio que acaba de exponerme?

— No incurriré en el absurdo de sostener que no he de cambiar. Pero, cuando esto llegue á suceder, no habrá sido el corazón el metamorfoseado, y sí las facultades mentales. Por ahora tengo muchas probabilidades para no temer que eso me ocurra.

El escritor exclamó encolerizado:

— El eunuco Malatiré y el decrepito Babín, son los que le llenan á usted el cerebro de despropósitos. Es un crimen, entérese bien, es un crimen lo que esos dos hombres están haciendo. Ejercen fatal tiranía sobre el pensamiento de usted. La han atiborrado de un jansenismo que va camino de enclaustrarla en una especie de Port-Royal, donde el uno actuaría de Nicole y el otro de Pascal. Pero, en la realidad y de hecho, son dos pedantes que imbuyen en el ánimo de usted nociones absurdas acerca de la vida, porque hablan de lo que no conocen. La ternura, el deseo, el amor, para un Babín ó para un Malatiré... ¡son

letra muerta! Esos infames han profanado en el alma de usted los sentimientos más dulces que existen para la Humanidad. Algún día, si persevera en la resolución que acaba de expresarme, llorará usted lágrimas muy amargas.

— Se equivoca usted completamente en cuanto dice y piensa acerca de mis amigos, — replicó Florisa queriendo defender á sus consejeros.

— ¡Me aborrecen! ¡Están celosos de mí! Además, desearían que la sociedad participase de las miserias físicas que ellos padecen. Respecto á Malatiré, en lo que á mí toca, hay que sumar el furor del impotente hacía el productor. Ese mamarracho bilioso y desdentado, que no es capaz de escribir una cuartilla sin tomar el asunto de una obra ajena, sufre rabiando el que yo publique libros y el que me disponga á estrenar una comedia. Pero, ser amado por usted, sería para mí un triunfo al cual no sobreviviría Malatiré. Por eso lo prohíbe, y por eso usted, obedeciendo á sus feroces sugerencias, me desespera. ¿Qué fuerza tienen los argumentos en que usted fundamenta su resolución? La intimidad deliciosa de dos corazones, la unión de dos inteligencias son, según acaba de manifestarme, una especie de rendición moral que anularía la personalidad de usted. ¿Quiere decirme qué idea se ha formado de la vida que viviríamos juntos? ¿Tal vez la de una batalla en la cual necesariamente uno había de rendir vasallaje al otro?... ¡Todo lo contrario! Para las luchas cotidianas nos prestaríamos mutuo apoyo. En la ternura de usted

encontraría yo alientos para escalar las cumbres que he entrevisto en mis sueños de ambición, y usted hallaría, á mi lado, la firmeza para realizar la labor perseverante é inspirada. ¿Por qué esta conformidad entre dos corazones había de ser más difícil de alcanzar que la de dos inteligencias? Si cuando hablo de literatura y de arte, me comprende usted, ¿por qué cierra las puertas del alma, cuando le expreso lo que sincera y ardientemente siento? Sólo por una afirmación de voluntad. Al negarse á mis deseos ¿no teme hacerme desdichado?

— Sí — dijo Florisa. — Eso es lo que más lamentaría. Pero no temo que enferme de amor un hombre que, como usted, vive intensamente con el cerebro. Para alivio de su pena bastan la reflexión y la lógica. Únicamente el amor físico puede ser incurable y llevar á extremos peligrosos. Pero ni usted ni yo nos encontramos en ese caso. Vamos, mi querido amigo, seamos sensatos y no introduzcamos el desorden en la armonía de nuestra carrera. Tanto usted como yo hemos llegado al momento más crítico. Hemos obtenido el triunfo. Hace falta demostrar que lo merecemos, produciendo obras que superen á las que nos lo han proporcionado. Necesitamos desplegar todas nuestras fuerzas para vencer. Usted me habla de amor, de unión, de comunidad, cuando estoy dispuesta á simplificar mi vida hasta el anacoretismo, para lograr la amplitud y la intensidad de trabajo que exigen mis ambiciones. No se trata ahora de desdoblar la voluntad. Al contrario, es preciso concentrarla y unifi-

carla, para romper todas las resistencias y para entrar definitivamente en la gloria.

Llameaban las pupilas de Florisa.

La noble frente parecía resplandecerle de entusiasmo. En este momento, Treillard, la contempló verdaderamente y perdió la esperanza de conquistarla. Tuvo la intuición que era superior á él. La vió transfigurada por la fe en una especie de virgen del Arte, á la cual el contacto con el hombre haría descender de su rango divino, como á Walkyria que hubiese desertado de su misión celeste. Profunda amargura le llenó el corazón. Sintióse tan lastimado en la vanidad como en el afecto. Acababa de tener, sin atenuante, la prueba de que cuanto había hecho para agradar á Florisa, no había llegado á conmovérle. La escritora lo consideraba como á un Babín ó á un Malatiré. Ni la juventud, ni el prestigio del talento, ni la reputación adquirida valían nada. No quedaba más recurso que vivir junto á la joven, pacientemente y sumisamente, como aquellas personas á las cuales censuraba, cruelmente, de tratarlo como enemigo. No pudo resignarse á esto, y llevando audazmente la explicación comenzada hasta los últimos límites:

— Si no he entendido mal, me ofrece, en su vida, el cargo de confidente y de compañero en las horas de descanso. Es decir, que me permite venir á verla, cuando no tenga usted cosa mejor que hacer.

— No, amigo mío, usted, será perfectamente dueño de venir aquí cuando le agrade y con la frecuencia